

G-F 10287

3062
H



PROV. DE VALLADOLID.

C. 1143891
L. 11515



PROV. DE VALLADOLID.

LA

MUJER DE VALLADOLID

POR

EL CONDE DE FABRAQUER.

I

Calderon, el más grande de nuestros poetas, ha dicho que *si el hombre es un mundo abreviado, la mujer es el cielo de ese mundo.*

En esta definicion de la mujer, la verdad es tan grande como la belleza. Si, la mujer es el cielo del hombre; es más que eso todavia: es la corona de la creacion. Por eso Dios la formó la última, poniendo con ella digno remate á su obra.

Por desgracia, el pensamiento de Dios ha sido con frecuencia desconocido, y la mujer, en vez de ser reina, ha sido mucho tiempo esclava. Y sin embargo, la mujer, á pesar de todo, ha ejercido siempre, y ejerce hoy especialmente, una gran influencia en la marcha de la humanidad á traves del tiempo y del espacio. Aún en las épocas de mayor barbarie en que, reducida al estado de una esclava, de una cosa, no se la consideraba sino como un instrumento de placer, ella, y solamente ella, ha sido la clave de todas las grandes empresas, de todas las jornadas sociales. Asi es que en los momentos solemnes del curso de los tiempos en que la humanidad ha visto nacer ó morir una idea transcendental que con su poderosa influencia ha conmovido todos los elementos de la sociedad; en todas las grandes crisis del espíritu humano en que el valor, el entusiasmo y el genio se han elevado sobre lo que se creia natural; en todas las grandes creaciones de la belleza que descuellan hoy en el cielo del arte, como astros brillantes de viva luz que coronan á los grandes genios con la aureola de la inmortalidad, aparece siempre la imágen de una mujer, ya real, ya ideal.

Eva, en medio de la naturaleza primitiva, en toda la plenitud de su virginidad,

más pura que el primer rayo de sol que iluminó las tinieblas de la nada, abriendo las puertas á la humanidad, como la primera gota de esa inmensa ola de la vida que las generaciones han continuado en la sucesion de los siglos; Saffo, vertiendo á raudales la inspiracion de su ardiente amor, cual si quisiera hacer la más viva protesta de que el pueblo que vivia bajo el azul cielo de Grecia era el pueblo por excelencia artista; Lucrecia, sacrificándose en holocausto á su virtud ultrajada, y fecundando con su sangre la naciente república romana; Magdalena, representando al pié de la Cruz la salvacion de la humanidad por el arrepentimiento; Juana de Arco, convertida en heroína por el amor de la patria; Isabel la Católica, abriendo al navegante genoves los horizontes de América, y tendiendo el cetro español sobre las comarcas vírgenes del Nuevo Mundo; y en fin, Beatriz, que iluminó el sombrío genio del Dante; Laura, que abrasó de amor el corazon de Petrarca, y la Fornarina, que dió brillo á los colores de Rafael, y animacion y vida á sus lienzos, ¿qué son sino otros tantos ángeles de amor venidos al mundo para fecundar las grandes ideas?

La historia de la mujer es verdaderamente la historia de la humanidad. Cuando la mujer gemia sumida en una esclavitud infame y vergonzosa, tambien gemia la sociedad atada al yugo de los antiguos dèspotas; cuando el hombre rompió las cadenas que le sujetaban, tambien la mujer alcanzó su emancipacion y empezó á caminar por esa senda, matizada de flores unas veces, cubierta otras de espinas, que le señalaron los hombres en su ardiente admiracion ó en su frio egoísmo. La historia de la mujer representa mejor que nada esa magnífica revolucion que hundió en la noche del pasado los dioses del paganismo para levantar en su puesto el madero del Gólgota y las sublimes máximas del Evangelio.

Hay en la antigüedad un pueblo que se presenta á nuestros ojos velado por el misterio de los siglos, pero cuya memoria no se extinguirá jamas, porque fué la cuna de la civilizacion del género humano, porque alli brilló el arte con sus más hermosas manifestaciones, porque supo romper el yugo de los dèspotas y quebrar la espada de los conquistadores: es la antigua Grecia, la Grecia artistica, la Grecia libre.

Y sin embargo, Grecia, que enseñó al mundo cómo se cumplen los grandes destinos de los pueblos, llevaba en el fatalismo de sus ideas religiosas la destruccion de todo su progreso, la ruina de toda su civilizacion; y no podia ser de otro modo, puesto que las absurdas aberraciones del paganismo, léjos de ennoblecer las costumbres griegas, las degradaban y envilecian. Por eso la mujer entre los griegos era un sér que casi se confundia con el esclavo, y que nunca fué amada; porque para amarla era necesario igualarla al hombre, y los griegos la consideraron como un sér muy inferior, y la amaron sólo como el objeto más bello entre los objetos bellos. La mitologia griega, es cierto, presentaba en el Olimpo de sus dioses á Vénus; pero esta deidad no representaba el culto del amor puro, sino la repugnante apoteosis del sensualismo.

Volvamos los ojos á Roma, cuando, decrepita y abatida por el peso de aquella

civilizacion que tanto llegó á engrandecerla, deponia, en medio del más espantoso desórden, todo su poder y soberbia roto en pedazos á los piés del universo, que, atónito y despertando del estupor de la esclavitud, contemplaba su ruina como un hecho sobrenatural, y verémos á la mujer romana, dominada por la tirania del marido, entregarse, sin embargo, á los terribles placeres del circo, y revolcarse en el fango de la disolucion en las pervertidas cortes de Neron y Heliogábalo.

Miremos luégo á Babilonia, y alli verémos á la doncella abandonar el hogar paterno, buscar la soledad del camino por donde llegan las caravanas, y á la sombra de un árbol, ceñida su frente de flores, medio envuelta en su túnica de púrpura, incitar con su voluptuosidad al viajero que pasa, hasta que, enamorado de sus encantos, gozaba las primicias de su amor y manchaba con su aliento la flor de su virginidad.

No era ésta, ciertamente, la natural condicion de la hermosa mitad del género humano. Dios la habia igualado al hombre, pues que la creó para ser su eterna compañera, y era preciso que una gran revolucion se operase en el mundo, á fin de que la mujer correspondiese en sus destinos al grandioso pensamiento de Dios.

Esta revolucion la operó el Cristianismo.

Los propagandistas de la nueva idea iban poco á poco apoderándose del espíritu de los pueblos, y la mujer era su medio más activo de propaganda, porque la doctrina del Evangelio la emancipaba, otorgándole derechos de que hasta entónces habia carecido; y aunque el martirio y la muerte eran el premio de los nuevos creyentes, su fe crecia, léjos de menguar; y tras el humo de las hogueras que consumian sus miembros, contemplaban un cielo azul, entre cuyas gasas aparecia la noble figura de Maria, verdadero tipo de la mujer cristiana.

Por fin la luz desvaneciò las tinieblas del error, y la mujer, dueña de su corazon, rompió la cadena de la servidumbre, se hizo libre, miró en su torno, se contempló grande y aspiró á la posesion del puesto de honor que de derecho le correspondia en la sociedad.

Entónces se santificó el hogar doméstico: el hijo no echó de ménos á su madre, aquella madre de quien ántes le separaban en la cuna; el padre no lloró la pérdida de su hija, aquella hija que arrancaban de sus brazos para venderla al mejor postor en el mercado; el hijo vivia con su madre y gozaba de sus caricias, como la madre se contemplaba en los ojos de su hijo; los lazos de la familia se estrecharon indisolublemente, y en estos lazos fundó la sociedad su principal asiento.

Pasan los siglos, y la mujer, por una serie de etapas que luégo indicaremos, llega á ser lo que es hoy: la mujer que ama hasta la abnegacion, sin envilecerse; que se sacrifica hasta el heroismo, sin degradarse; la mujer que se humilla ante la virtud y jamas ante el vicio; el sér ennoblecido hasta igualarse al hombre, amarle y hacerle dichoso.

Y, en efecto, no se comprende, no puede concebirse que dentro de una religion

eminentemente humanitaria y civilizadora, dentro de un código seductor como el Evangelio, quepan la degradación y la esclavitud de la mitad de la gran familia humana, y precisamente de la mitad más débil, más delicada, y por consiguiente, más digna de consideración y de respeto.

Comparemos la posición de la mujer en el Cristianismo con la que ocupaba en las antiguas religiones paganas; comparemos la pureza de la familia cristiana con el relajamiento de la familia entre los adoradores de Júpiter y Venus; comparemos los dulces lazos del matrimonio cristiano con el vínculo infame que unía la mujer al marido en las antiguas sociedades, y adquiriremos la convicción profunda de que el destino de la mujer, tal como se ha comprendido hoy, sus deberes como esposa y como madre, sus derechos como base de la familia, y su grande y civilizador influjo en la sociedad, fueron ya comprendidos en los primeros siglos del Cristianismo.

Sin embargo, ninguna idea, aún la más noble, aún la más pura, aún la más santa, ha podido triunfar sin un período de propagación, otro período de desarrollo, y otro período de lucha; hay que vencer tradiciones y costumbres, tiene que inocularse la nueva idea en los hábitos y en las instituciones de los pueblos, y para esta obra es necesario el concurso del tiempo. Esto pasó con el Cristianismo, y esto ha pasado también con la emancipación de la mujer.

El primer paso se debe indudablemente al culto de María, pues la veneración tributada á la purísima doncella de Nazareth hizo que el hombre considerase á su compañera como un ser hecho á imagen de Dios, y que fuesen respetados sus derechos como esposa y como madre, hasta entonces casi desconocidos.

La caída del Imperio romano y la dominación de los pueblos del Norte marcaron otra etapa, es decir, otro progreso en la historia de la mujer. Las tribus góticas, si no poseían una civilización tan brillante como la antigua sociedad latina, traían en cambio del fondo de sus bosques costumbres más puras, y sobre todo un profundo sentimiento de grandeza y de altivez que fué siempre desconocido entre los romanos. Los pueblos del Norte constituyeron una sociedad muy distinta en sus tendencias y en sus costumbres de la que acababa de desmembrarse; y en ella la mujer, si no alcanzaba todavía el pleno goce de sus derechos, tampoco gemía bajo el despotismo marital, y estaba amparada por la Religión y por las leyes, ante las cuales podía acudir cuando el jefe de la familia faltaba á sus deberes de esposo ó de padre.

Las Cruzadas, esa magnífica epopeya, esa lucha legendaria del Cristianismo caballeresco contra el fatalismo musulmán, produjeron otro progreso en la posición de la mujer en la sociedad. Con las Cruzadas nació la poesía provenzal, nacieron los torneos, las justas, los juegos florales, todas esas costumbres que fueron el más bello adorno de aquella edad de hierro. En todas esas fiestas es proclamada reina la mujer, en todas se le rinde un culto cortés y galante; los infanzones se declaran protectores de su debilidad, los caballeros juran ampararla y defenderla, y unos y otros, cuando buscan en los campos de batalla el laurel de la gloria, llevan en la banderola de su

lanza este lema, que revela por sí solo el espíritu de aquella época: *Por mi Dios, por mi rey y por mi dama.*

Merced á esta corriente civilizadora de los sucesos y de las ideas, la mujer había dado ya largos pasos en el camino de su emancipación.

Concluye la Edad Media y empieza el Renacimiento, la época de las grandes reformas, de los grandes poetas y de los grandes artistas. En esta época, que vió el mayor grado de esplendor de las ciencias y de las artes, natural era que la mujer diese también grandes pasos hácia su emancipación completa. Y sin embargo, no fué así: el poder que entonces alcanzó el clero, y las exageraciones á que le arrastró el fanatismo, produjeron funestísimos resultados; la fe, esa hija del alma, fué engendrada por el miedo, y la mujer, dominada por las preocupaciones más groseras, por las supersticiones más absurdas, si no perdió los derechos de esposa y de madre que en siglos anteriores había conquistado, tampoco pudo alcanzar los que como mujer le pertenecían en la familia y en la sociedad.

Para la mujer ha sido también nuestro siglo un siglo de redención. El Cristianismo la había sacado de la esclavitud, había formado sus sentimientos, había hecho de ella el ángel del hogar; pero esto no bastaba. La mujer, como el hombre, necesitaba una educación amplia, profunda y esmerada, y la gloria de dársela estaba reservada al siglo XIX.

Y se la ha dado. La mujer, si no tan bien como debiera, está educada. En algunos pueblos no hay nada oculto para ella, ni la ciencia, ni el arte, ni la religión; en otros, si no ha llegado todavía á este punto, al ménos está en camino, anda sin detenerse, y ántes de mucho lo habrá alcanzado también.

Probado queda con lo que llevamos dicho que al Cristianismo, y sólo al Cristianismo, debe la mujer los derechos de que hoy goza, los homenajes que se le tributan y la poderosa influencia que hoy ejerce en la sociedad. Ocupémonos ahora de la mujer de Valladolid, y veremos que pocas, muy pocas, han comprendido tan perfectamente como ella lo que al Cristianismo debe su sexo, y lo que la enaltece y deifica el sentimiento religioso.

II

Pocas Provincias de España tienen la importancia histórica que la Provincia de Valladolid. Confina ésta al Norte con las de Leon y Palencia, al Este con la de Búrgos, al Sudoeste con la de Segovia, al Sur con la de Ávila, y al Oeste con las de Salamanca y Zamora, comprendiendo una extensión de doscientas treinta y cinco leguas cuadradas.

Valladolid es la capital y residencia de la Capitanía general, Audiencia y Arzobis-

pado. Su remota antigüedad da margen á muchos y distintos pareceres en que se dividen todas las crónicas é historias al tratar de su fundacion. Pero la opinion más admitida es que esta ciudad fué construida por los váceos ó voscos, setecientos catorce años ántes de Jesucristo, con el nombre de *Pintia*, y Ptolomeo hace de ella mencion en su *Tabla segunda*, que trata de Europa ¹. Este nombre se comprueba con las lápidas, mosaicos y fragmentos romanos que se han encontrado en diferentes ocasiones. Los autores que le dan origen más moderno, aseguran que su fundador fué un moro llamado Ulit, segun unos, y Olit, segun otros, el cual, al ver la frondosidad de aquel hermoso valle, bañado por el Pisuerga y el Esgueva, y la feracidad de su suelo, edificó en él su morada, y poco despues construyó la poblacion, dándole el nombre de *Valle de Ulit*, ó de *Valle de Olit*. Otros autores que no están conformes con esta tradicion, opinan que por hallarse esta ciudad situada en medio de los antiguos pueblos arévacos, carpetanos, celevinos, arluros y astures, servia de campo neutral para dirimir en él cuantos pleitos y contiendas tenian, por cuyo motivo le dieron el nombre de *Campo-de-lid*, ó *Valle de lid*; y por último, para no dejar incompleto este trabajo sobre el origen incierto del primitivo nombre que tuvo, debemos añadir que hemos visto consignado en varios autores, y en manuscritos que existen en la Biblioteca Nacional, que el primitivo nombre fué *Valli-Soleveti*, valle de los olivos, por ser uno de los árboles que con más facilidad se crian en aquel terreno.

Desde los más remotos tiempos Valladolid ha tenido una gran importancia histórica. Ordoño II de Leon, en 920, despues de una encarnizada defensa, la conquistó á los árabes, recuperándola éstos pocos años despues ².

En 1084 el Rey D. Alfonso VI la reconquistó, dándola por juro de heredad al Conde Pero Ansúrez, el que con su mesnada fué el primero que escaló las murallas y plantó en la torre del homenaje de su inexpugnable castillo el pendon real de Don Alfonso.

Don Pero Ansúrez engrandecié esta ciudad, reedificándola casi por completo, y desde esta fecha data el blason de armas que tiene, consistente en tres girones pajizos en campo de gules, en memoria de haber empezado la reconstruccion de la ciudad el Adelantado Rodrigo González Giron, y en timbre una corona con ocho castillos, que era el escudo que llevaba Pero Ansúrez.

Durante largos años poseyó pacíficamente á Valladolid el Conde Pero Ansúrez, dotándola de magnificos edificios, y sobre todo del suntuoso puente que hoy existe sobre el Pisuerga, y en cuya entrada se colocó la estatua del Conde. El sepulcro del Conde Pero Ansúrez se encuentra en la catedral, y en sus inscripciones se ve cuanto hizo por embellecer la ciudad que años despues debia ser corte y residencia de los

¹ *Historia de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Valladolid*, por el doctor Sarmiento, tomo I (Biblioteca Nacional).

² Mariana: *Historia de España*.

Monarcas españoles, y que tan descuidada estuvo á pesar de ser la residencia real. Estas inscripciones dicen así:

«Este gran conde excelente
 Hizo la Iglesia mayor,
 Y dotóla largamente:
 El Antigua y la gran puente,
 Que son obras de valor;
 San Nicolás y otras tales,
 Que son obras bien reales
 Segun por ellas se prueba.
 Dejó el Hospital de Esguéva
 Con otros dos hospitales.
 Por esta causa he querido
 Que pregone esta escritura
 Lo que nos está escondido,
 Ya casi puesto en olvido
 Dentro de esta sepultura;
 Porque en este claro espejo
 Veamos cuánta mancilla
 Agora tiene Castilla.»

En el lado derecho se lee:

«Aquí yace sepultado
 Un conde digno de fama;
 Un varon muy señalado,
 Leal, valiente, esforzado,
 D. Pedro Ansurez se llama:
 El cual sacó de Toledo,
 De poder del rey tirano,
 Al rey, que con gran denuedo
 Tuvo siempre el brazo quedo
 Al horadarle la mano.
 La vida de los pasados
 Reprende á los presentes;
 Ya tales somos tornados,
 Que el mentarles enterrados
 Es ultraje á los presentes:
 Porque la fama del bueno
 Lastima por donde vuela,
 Al bueno con la espuela
 Y al perverso con el freno.»

En la Condesa de Ansúrez, llamada vulgarmente *la madre de los pobres*, empieza, digámoslo así, la serie de heroínas de la caridad que han brotado del suelo de Valladolid y su Provincia, como más adelante iremos viendo; pues aunque á grandes trazos, recorreremos sus poblaciones, consignando cuanto de notable haya ocurrido en esta

tierra tan fecunda en mujeres de talento, bravura y ardiente caridad. Volvamos á la historia.

Á la muerte de Pero Ansúrez, pasó el feudo de la villa de Valladolid á su nieto Armengol, y fallecido éste sin herederos, se incorporó de nuevo á la Corona, viniendo á ser la corte de los Reyes de Castilla.

En 1442, D. Juan II le dió el título de Noble, y aqui empieza el poderio y esplendor de Valladolid.

En el año de 1442, en Córtes celebradas en esta poblacion, se instituyó el Real Tribunal de Chancilleria, y el 9 de Enero de 1596, reinando D. Felipe II, queriendo demostrar su deferencia á la villa donde habia nacido, le concedió el título de Ciudad, impetrando del Papa Clemente VIII crease el Obispado y elevase su colegiata á catedral. Si añadimos á toda esta grandeza la multitud de fábricas y manufacturas que se establecieron, y consecuencia de esto su abundante comercio, veremos con cuánta razon se decia en aquella época: *Villa por villa, Valladolid en Castilla.*

Al par que la industria y que el comercio, florecian en esta ciudad su célebre Universidad, declarada tal por una Bula expedida por Clemente VI. En ella se enseñaba la teología, la jurisprudencia y la medicina. Tanto atractivo no podia ménos de excitar, como lo hizo, la curiosidad de los extranjeros y hombres célebres; así es que por doquiera se hallaban de los primeros, y no ménos sucedia con los segundos, siendo visitada por Pablo Rubens, Alonso Berruguete y otros pintores y escultores que florecieron en esta ciudad, como Velázquez, Blascos, Moráles, Pereda, Gil Diaz, Frutos, Tordesillas, Herrera, Hernández y Juan de Juni, cuyas obras, repartidas en toda la ciudad, de las cuales aún existen muchas, bastan sólo para inmortalizarlos.

Hasta aqui la grandeza y poderio de Valladolid.

Uno de esos casos que tanto influyen en la suerte de los hombres, como en la de los pueblos, fué sin duda el que decidió la de esta poblacion, que se creia llamada á ser constantemente la capital de la rica Monarquia de las Españas.

Felipe II, ingrato al suelo donde vió la luz, donde nació, trasladó la capital y residencia real á Madrid, donde estableció la corte el año de 1561. Desde entónces Valladolid perdió su magnificencia y su primacia.

Felipe III traslada su corte á Valladolid; empero ya no pudo recuperar su antiguo esplendor, y puede decirse que sólo allí estuvo el Rey de jornada, y en 1606 definitivamente quedó establecida la corte en Madrid, quedando igualada la antigua ex-corte á las demas Provincias de España.

Posteriormente, en nuestros dias, el Canal de Castilla le ha dado vida, fomentando la industria harinera y fertilizando su suelo.

La Historia registra infinidad de hechos notables acaecidos en esta ciudad.

En Valladolid se juntaron las famosas Córtes en que los Grandes, por sentencia pública, privaron al Rey D. Alfonso el Sabio de la corona, y se la dieron á su hijo D. Sancho el Bravo, originando grandes trastornos y la guerra civil.

El célebre favorito de D. Juan II, D. Álvaro de Luna, murió degollado en una de las plazas de esta ciudad.

El 18 de Octubre de 1469 se celebró en esta ciudad, pobremente, el casamiento de Doña Isabel con D. Fernando, Reyes á los que la Historia ha dado el sobrenombre de *Católicos*, reuniéndose con este enlace los Reinos de Castilla, Leon, Aragon y el Condado de Barcelona; pudiéndose decir que en esta época fué cuando se estableció la verdadera integridad del territorio; época de grandeza que empieza con la conquista de Granada, y termina con la del Nuevo Mundo, descubierto por el genoves Cristóbal Colon, y debido á la iniciativa de la gran Reina Isabel I.

En 1520, Bravo, Padilla y Maldonado dan el grito de libertad y franquicias, se establecen las Comunidades, y Valladolid toma parte por los comuneros.

El 12 de Julio de 1808, época de la guerra de la Independencia, Valladolid resiste heroicamente con sus débiles murallas al ejército del coloso de Europa, viéndose obligados los paisanos y las mujeres, que tomaron una parte muy activa en el combate, ya trasladando municiones de un lado á otro, ya en la muralla rechazando á los franceses, ó recogiendo los heridos, curándolos y trasladándolos á los hospitales, á rendirse, por no haber llegado los auxilios que esperaban.

En 1837, el 18 de Setiembre, Zariátegui penetró en la ciudad, se apoderó de ella; empero el Coronel Alba, con un puñado de valientes, resistió en el fuerte de San Benito hasta la llegada del Brigadier Carondelet, que arrojó á los carlistas de esta ciudad.

Corramos un velo sobre esta guerra fratricida, de la que ha dicho un poeta:

«Guerra fué aquélla que engendró el abismo,
Honda herida que aún brota,
Lucha en que la victoria fué heroísmo
Y arrojó la derrota.
Era fecunda en hechos de osadía,
De crímenes y gloria,
Que con vergüenza y con orgullo un día
Registrará la Historia.

Guerra que la ambicion de un pretendiente y el fanatismo de un partido han hecho renacer en nuestros dias, y que felizmente el bravo ejército liberal, despues de cuatro años de sufrimientos y fatigas, ha terminado gloriosamente con la toma de Estella y Peña-Plata, y la huida del Pretendiente y sus secuaces al extranjero.

Terminado el periodo histórico á grandes rasgos, como habrán visto nuestros lectores, entraremos de lleno en nuestro cometido, describiendo la mujer de esta Provincia en todas sus fases, asi como las muchas notabilidades que han brotado de su suelo.

III

La honestidad, el pudor, la caridad y la ciencia: hé aquí las principales cualidades que adornan á la mujer de Valladolid, unidas á la inteligencia, á la laboriosidad y al trabajo.

Simancas nos da un notable ejemplo de su honestidad y pudor. Durante el oprobioso reinado de Mauregato, el que estableció el tributo de las Cien Doncellas, siete de estas infelices, encerradas en el castillo de la villa, concibieron la heroica resolución de mutilarse para defender por este medio su honestidad, y con un valor inaudito unas á otras se cortaron la mano izquierda, logrando así libertarse de los desmanes de los bárbaros y no formar parte del vergonzoso tributo que en mal hora, y para vergüenza de la Historia, pactó el degradado y pusilánime Mauregato. Desde entónces el castillo donde estaban encerradas aquellas honestísimas doncellas tomó el nombre de *Siete mancas*, y hoy, corrompido el vocablo, lleva, así como la villa que le rodea, el de Simancas.

Muchos historiadores niegan este hecho; empero el escudo de armas de la villa se compone de un castillo de plata en campo azul, con su torre en medio, fundada sobre un peñasco cercado de agua, teniendo el escudo por orla siete manos en campo de sangre y una estrella dorada.

Al hacer la reseña histórica de Valladolid, hemos hablado de la Condesa de Ansúrez, á quien el pueblo, por su ardiente caridad, dió el nombre de *la madre de los pobres*.

En 1490, Doña Constanza Barroso, imitando el ejemplo de la Condesa, y repartiendo su inmensa fortuna á los pobres, se dedica á su cuidado; y es fama que el Señor premió sus virtudes apareciéndosela y anunciándole la hora de su muerte, que acaeció en 1498 en la ciudad de Toledo, y en el monasterio de San Clemente, adonde se habia retirado. Al hacerse en dicho monasterio reparaciones por su estado ruinoso, se abrió su sepulcro y se halló su cuerpo incorrupto, despidiendo suavísimo aroma. Con la velocidad del relámpago cundió la noticia por Toledo, y el templo se vió invadido por una multitud de fieles ávidos de contemplar el sepulcro de la heroína de la caridad.

En tiempo de Felipe V se abrió una información sobre su vida y sus virtudes, dándose principio al expediente de beatificación.

Doña Marina de Escobar, hija del doctor D. Diego de Escobar y de Doña Margarita de Monserrat, es otro de los ejemplos de caridad que nos ofrecen las vallisoletanas. Á imitación de Constanza, á la muerte de sus padres repartió los bienes que éstos le habian legado, y aprovechando la ocasión de encontrarse Santa Teresa en Valladolid visitando los conventos de aquella ciudad, se presentó á la Santa y le dijo:

—Teresa, he repartido mis bienes entre los pobres; no me queda más que una casa para pagar mi entrada y dote en el convento. Quiero recibir de tus manos el hábito.

—*Anda, hija,*—le contestó la Santa,—*anda, que no has de ser monja, que Dios te quiere en el rincón de tu casa para cosas grandes.*

Y en efecto, la Santa acertó. Á Marina de Escobar se debió la fundación de un hospital de escrofulosos.

La austeridad de su vida empezó á llamar la atención del vecindario, pues vivía encerrada en un humilde y oscuro aposento de la casa que había dedicado á hospital.

Por aquel tiempo (el año 1630) se desarrolló en Castilla una peste horrible, que diezaba las poblaciones. Marina se dedicó con ardor á recorrer las casas de los enfermos, á prodigarles sus desvelos, sus cuidados, á llevarles alimentos, medicinas, ropas y toda clase de consuelos.

Como un mal nunca viene solo, desarrollóse á más de la peste el hambre. Marina recorrió las casas de los ricos, les pidió para los enfermos, y logró reunir gruesas cantidades, que ella por su mano distribuyó, haciendo partícipe de su ardiente caridad, no sólo á Valladolid, sino á los pueblos inmediatos. Uno de ellos, el más azotado tal vez por el hambre, la miseria y la peste, fué sin disputa ninguna Fuensaldaña. Marina acudió á aquel pueblo, y en los ratos que le dejaba libre la asistencia de los enfermos se dedicaba á la costura, y á esto debe el nombre de *la costurera de Fuensaldaña*, con que el pueblo la reconoce.

El ejemplo de Marina tuvo imitadoras, y pronto vió agruparse á su alrededor gran número de doncellas de las primeras casas de Valladolid, á las que, después de instruir y ejercitar en actos de piedad y religión, hizo entrar en el convento de Santa Brígida, que fundó, y cuyas instituciones remitió al Papa Urbano VIII para su aprobación.

El 9 de Junio de 1633 fué un día de luto para Valladolid. De boca en boca circulaba la noticia de haber entregado á Dios su alma Marina, *la costurera de Fuensaldaña*. El clero, los nobles, el pueblo todo asistió á su entierro, dando con esto un testimonio de agradecimiento á la que había sido el ángel tutelar durante la peste, el hambre y la miseria que había afligido á aquella ciudad. Fué enterrada en la iglesia del colegio de San Ignacio (hoy San Miguel). Marina no sólo descolló por su caridad, sino que como escritora es muy conocida por sus libros ascéticos, entre los cuales figuran como más notables los siguientes: *Modos sobrenaturales que Dios tiene de comunicarse al alma.*—*Cómo conoce el alma á Dios por hablas interiores.*—*Cómo la esposa de Cristo ha de amar la cruz á imitación del Señor.*—*Doctrina de confesores para aprovechar las almas.*

El Conde de Buendía tenía por administrador en Valladolid á un hombre sumamente ilustrado, llamado Juan de Pedraja, y habiendo despedido al que tenía en la villa de Dueñas de representante de los cuantiosos bienes que poseía, encargó á Pedraja

fuera á establecerse á Dueñas con su familia. Pedraja tenia una hija llamada Ana, y alli empezó á darse á conocer por su virtud y su observancia en las prácticas religiosas. Sus padres, accediendo á sus deseos, la mandaron á Ávila al lado de Santa Teresa, de cuyos padres eran amigos, y al poco tiempo tomó el velo de religiosa. Dicen las crónicas carmelitas que hemos consultado que, siendo novicia, dos veces se le apareció el Niño Jesus estando en oracion, y que en el convento fué ejemplo siempre de sus compañeras, tanto cuando era novicia, como despues de profesa. Acompañó á Santa Teresa en la fundacion del convento de Villanueva de la Jara, fundando en 9 de Mayo de 1600 el de Valera de Abajo, y en 1616 el de Villanueva. Murió en 1624, á los setenta y siete años de edad. Las crónicas carmelitas aseguran que tuvo el dón de la profecia, y obró Dios por su intercesion muchos milagros.

Larga tarea seria si fuéramos á enumerar todas las mujeres vallisoletanas que se han hecho célebres. Empero no terminaremos sin hacer mencion de la Reina Doña Maria Ana Mauricia, hija de Felipe III, casada con Luis XIII de Francia, y de su hermana la Infanta Doña Maria, nacidas ambas en Valladolid.

Como modelos de piedad citarémos á Doña Antonia Álvarez, Abadesa del convento de San Quirce; á Catalina Evangelista, que floreció en el año 1550, compañera de Santa Teresa; á doña Francisca de Cháves, en 1750; á Maria de San Alberto, Priora que fué del convento de Carmelitas; á Paula de San Francisco Javier, hija del Corregidor D. Francisco Gutiérrez, Abadesa del monasterio de Santa Ana, que murió en olor de santidad el año 1759.

Como escritoras debemos citar á Magdalena de Jesus, Priora del monasterio de Santa Ana, que dejó escrita su vida de órden de su confesor, y el precioso libro titulado *Centellas del amor divino*; á doña Juana Bautista, camarera de la Duquesa de Medina de Rioseco, que escribió dos preciosas obras tituladas *La Oracion* y *Los tres enemigos del alma*. Pero la más notable de todas fué Doña Juana Gatos, la que á una gran erudicion reunia la habilidad especial de imitar con tal perfeccion la letra de imprenta, que cuesta trabajo distinguir los escritos de esta mujer de la verdadera y antigua letra tipográfica. Dejó escritos ó copiados infinitos códices; pero uno de ellos, que es un libro de caballeria intitulado *Don Cristilian de España*, es digno de llamar la atencion por la belleza de su forma, lo correcto de su estilo y su semejanza á los tipos de imprenta, con los que materialmentē se confunde.

Á las dotes especiales de pudor, honestidad, caridad, ciencia, inteligencia y laborsidad, ha reunido la vallisoletana el de la entereza por su espiritu varonil.

Para demostrar esto, vamos á referir á nuestros lectores y lectoras la leyenda siguiente, titulada *El Caballero de Olmedo*, por la que verán el por qué pasa el rio Adaja besando los muros de Medina del Campo; preciosa leyenda que en uno de mis viajes oi referir en la estacion del ferro-carril, cuando estaba contemplando los restos del magnifico castillo y palacio donde murió Isabel la Católica:

«Por los años de 1493, despues de la conquista de Granada, los Reyes Católicos

se retiraron á Medina del Campo á disfrutar de la tranquilidad y descanso que necesitaban tras tanto tiempo de guerras, en que sus armas vencedoras acabaron por plantar el estandarte de la Cruz en los arabescos torreones de la Alhambra. Entre los apuestos guerreros que brillaban entónces en la corte, habia uno á quien se designaba tan solamente con el nombre de *el Caballero de Olmedo*, sin duda por ser natural de este pueblo. Era galan, valiente y de hermosa figura; de modo que asi los hombres como las mujeres tenian á D. Juan de Maldonado por el tipo más completo de los bizarros caballeros de Castilla en la época á que nos referimos.

»Inútil es hablar de sus conquistas de amor, pues no habia dama que no se creyese feliz con merecer sus obsequios; pero como el amor es caprichoso, y el corazon no se manda, D. Juan hizo lo que todos hacemos en iguales casos: se prendó apasionadamente de una viuda que, aunque jóven, bella y rica, era acaso la única mujer que no se hallaba dispuesta á corresponderle, y se enamoró de ella quizas por esto mismo. En vano quiso ablandar su corazon con ruegos y finezas; la viuda cada vez se mostraba más insensible, y su inesperada repulsa y constante desden sólo servian para avivar la llama del despreciado galan.

—Sois la mujer más ingrata del mundo,—le dijo un dia, despues de haberle rogado largamente que correspondiera á su amor.

—Tal vez tengais razon, D. Juan,—contestó ella con frialdad.

—Pero ¿no sabeis que os amo como un loco, y que á nadie he amado tanto como á vos?

—Ya lo sé, porque me lo habeis dicho bastantes veces. Pero ¿qué quereis que yo le haga? ¿Está acaso en mi mano el corresponderos?

—¿Pues en manos de quién está, señora? ¿Hay algun rival oculto? ¡Oh! Decidmelo al punto, y su vida ó la mia decidirá la contienda.

—¿Estais loco, D. Juan? Eso es un frenesi que el tiempo se encargará de borrar. Seguid mi consejo: viajad. En otros paises vereis mujeres más hermosas aún que yo.

—¿Quereis alejarme de vuestro lado? ¿Acaso os estorbo?

—Yo no he dicho semejante cosa. Os aconsejo lo que os conviene, y nada más.

—Permitidme, señora, que no siga el consejo.

—Haced lo que gusteis.

—Pero ¿no puedo esperar que me ameis nunca?

—¡Jamás!—dijo ella con energia.

—¿Y por qué? Decidme por qué al ménos.

—Yo no lo sé, D. Juan. Únicamente sé que es tan imposible que sea vuestra, como el que las aguas del rio Adaja pasen por Medina.

»El Caballero de Olmedo, que se habia arrodillado á los piés de la viuda, se levantó de repente al oir estas palabras.

—Y si las aguas del Adaja pasaran por Medina dentro de un año, ¿seriais mia, señora?—dijo con voz pausada y tranquila.

»Ella se sonrió, como si aquella pregunta del Caballero acabase de cerciorarla de que realmente estaba loco.

—¿Qué hariais, señora?—prosiguió con vehemencia.—¿Seriais mia si las aguas del Adaja pasasen por Medina?

—Eso no es posible,—replicó la viuda.

—Aunque no lo sea, contestad, señora. ¿Me dariais vuestra mano?

—Si, os la daria,—dijo la dama, con visible deseo de poner fin á aquella entrevista.

—Mirad lo que prometeis, señora. Cuento con vuestra palabra.

—Jamás he faltado á ella.

—Pues en ese caso, adios.

»Y en seguida desapareció presurosamente.

»La viuda quedó convencida de que D. Juan habia perdido el juicio, y casi le tuvo lástima.

.....

»Once meses habian transcurrido ya sin que se hubiese vuelto á ver en Medina al Caballero de Olmedo, cuando de repente se presentó una tarde en casa de Doña Ana, que asi se llamaba la viuda.

—Señora,—le dijo,—va á cumplir un año que me ofrecisteis ser mi esposa el dia que las aguas del Adaja pasasen por aqui.

—Pero, D. Juan,—dijo la dama sonriendo,—¿no os habeis curado aún de vuestra locura?

—Es muy cierto, señora, que estoy loco; pero es de amor por vos.

—Yo os lo agradezco mucho, pero...

—No vayais á pronunciar el anatema,—exclamó con viveza D. Juan.—Me habeis dicho que el dia que las aguas del Adaja pasasen por Medina, seriais mia. ¿No es cierto?

—Asi lo dije, efectivamente.

—Pues bien: ese dia ha llegado ya.

—No os comprendo, D. Juan,—repuso la dama, algo confusa.

—Acercaos, señora, á esta ventana, y me comprendereis perfectamente.

»La viuda se dirigió maquinalmente á la ventana, y el Caballero le rogó que fijase la vista en una hondonada entre el castillo y el pueblo.

—Pero yo no veo las aguas del Adaja pasar por Medina,—dijo la dama.

—Tened un poco de paciencia,—replicó D. Juan.

»Y sacando un pito de plata, tocó tres veces. Doña Ana oyó sonar á lo lèjos la misma señal, repetida de distancia en distancia hasta perderse en el espacio. Despues esperaron como una media hora, sin que se interrumpiese el silencio que ambos guardaban más que por la respiracion un tanto agitada del Caballero. Pasado este tiempo,

—¡Mirad!—gritó D. Juan, señalando á la hondonada.

—Yo no veo, mi querido mago,—dijo la viuda con singular coqueteria,—más que gente que se agolpa en tropel.

—¿Y ahora?—preguntó él, fijando sus ojos radiantes de alegría en el bello rostro de la dama.

»Doña Ana le tendió la mano, y mirándole fijamente, le dijo:

—Habeis vencido, D. Juan.

»En efecto, las aguas del rio Adaja corrian al pié de la colina, en cuya cumbre se eleva el castillo, construido en 1440, segun se cree, por Fernando Carreño, á quien las crónicas llaman *el obrero mayor*.

»Doña Ana conoció tarde su ligereza. Pero comprometida á dar su mano al Caballero, aquel mismo dia le dijo que estaba pronta á casarse cuando dispusiese.

»Don Juan, ansioso de recoger el fruto de sus afanes, fijó la próxima fiesta de San Pedro; y aceptado el plazo por la dama, partió él para Olmedo á arreglar sus asuntos y disponer los preparativos de las bodas, que debian ser tan espléndidas y brillantes como las cualidades de ambos contrayentes requerian.

»Cuando Doña Ana se vió sola, mandó llamar á Fernando. Fernando era un hermoso paje de diez y ocho años, que sabia tocar el laúd como el más hábil trovador de la corte, y que tenia, como todos los pajes de aquel tiempo, cabellos rubios, ojos azules y mejillas de color de rosa.

—Fernando,—le dijo la viuda cariñosamente, despues que el paje se hubo sentado á su lado,—¿sabes que me voy á casar?

»El pajecillo dió un salto como si le mordiera una vibora.

—¿Con quién?—preguntó el paje.

—Con D. Juan de Maldonado.

—¿Con el Caballero de Olmedo, señora?

—Con el Caballero de Olmedo, paje.

—Eso es imposible... Quereis engañarme. ¿Cómo quereis que crea yo que le vais á dar la mano de esposa?

—Me ha comprometido á ello de una manera singular.

—No os comprendo, señora.

—Le dije que no seria suya mientras las aguas del rio Adaja no pasasen por Medina, y...

—Y el imbécil—replicó el paje de mal humor—se habrá gastado sus doblas en abrir un cauce al rio.

—Asi es, en efecto. Hace poco que las he visto correr por el valle desde esa ventana, y D. Juan me ha recordado mi promesa.

—Me parece, bella señora, que sois un poco crédula, porque hace tiempo se aseguraba que esos trabajos eran hechos por magia.

—No, paje; es obra del Caballero de Olmedo para obtener mi mano, y yo se la voy á dar.

—¿Con que es decir que tenemos que separarnos para siempre?—dijo el paje, fijando sus ojos casi humedecidos de lágrimas en los de la viuda.

—No hay remedio; si faltase á mi palabra, se sabria en la corte, y...

—Pero cuando se quiere, señora, se encuentran recursos.

—Veamos uno, Fernando,—replicó ella.

—Huir... ¿Es preciso que vivamos en Medina del Campo?

—¿Y no seria mejor deshacernos de él, como nos deshicimos de...?

—¡Callad, señora, por Dios!—dijo, sin dejar á la viuda acabar la frase.

—Mira, Fernando,—prosiguió Doña Ana con horrible calma:—yo daré á D. Juan una cita para la vispera de su santo por la noche; tú le esperas emboscado en la callejuela adonde cae la puerta falsa del jardin con media docena de hombres bien armados...

—Entiendo, señora; pero eso puede comprometernos. Además, yo no sé si tendré valor...

—Corriente,—dijo la dama casi con indiferencia.—Me casaré con D. Juan, y asunto concluido.

—¡Oh! ¡Eso nunca!—exclamó con vehemencia el paje.—Citad á ese hombre, y me encargo de lo demas.

»Efectivamente, Doña Ana escribió al Caballero, llamándole la noche de San Juan á su jardin.

»Llegó ésta en efecto, y D. Juan se dirigió á la hora convenida al sitio designado, acompañado de su escudero y con el corazon palpitando de gozo. Pero hé aqui que un fuerte golpe que le dieron en el hombro izquierdo le hizo descender de la elevada esfera de las ilusiones al prosaico mundo de las cuchilladas á traicion.

»Con la velocidad del rayo tiró de la espada, y rollado el ferreruelo en el brazo, se puso de espaldas á la tapia; su escudero hizo lo mismo, y se trabó una lucha sangrienta y terrible. Al cabo de media hora de combate, dos de los agresores y el escudero de D. Juan yacian muertos en el suelo; los demas habian huido, y sólo uno persistia en pelear contra el Caballero, que, acribillado de heridas, se defendia bravamente, guarecido en el quicio de la puerta falsa del jardin de Doña Ana, logrando desarmar á su contrario. Á la luz de la luna, que aparecia por intervalos entre nubarrones, habia podido observar que era muy jóven, interesándole su fisonomia y su valor. Cuando la espada cayó al suelo,

—Os perdono la vida,—le dijo;—pero decidme: ¿quién sois? ¿dónde habeis nacido? ¿por qué atentais contra mi?

—Me llamo Fernando,—replicó el otro;—no tengo apellido, porque jamás conocí á mi padre; nací en Olmedo, y despues vine aqui con mi madre, que se llama Marta, y es el ama de llaves de Doña Ana; yo soy su paje...

»Ántes que el jóven hubiera acabado la frase, el Caballero, cuya sangre corria en abundancia por las heridas, cayó al suelo, y sólo se le oyó pronunciar estas palabras:

—¡Marta! ¡Que venga Marta!

»El paje, obedeciendo á un secreto impulso, abrió la puerta del jardín y dió un silbido, señal convenida para que acudiesen los criados con luces. Vinieron éstos, en efecto, y Marta con ellos; pero ya era tarde: D. Juan había dejado de existir. Al reconocerle Marta, dió un grito de espanto.

—¡Infeliz!—exclamó dirigiendo una mirada terrible á su hijo.—¡Este hombre era tu padre!

»El paje huyó, sin que desde entónces se haya vuelto á saber su paradero. Doña Ana entró en un convento, y al Caballero le sepultaron en el mismo jardín de la viuda, poniendo sobre la losa de su tumba estos malos versos:

«Aquí murió quien de cortesía usó;
Que pudiendo matar, no mató.»

»La trágica muerte de D. Juan se hizo tan popular en Castilla, que dió asunto para infinidad de cantares y romances. Uno de ellos, que inserta *El Romancero español*, dice así:

«Desde entónces le cantaron
Las zagalas al pandero,
Los mancebos por las calles,
Las damas al instrumento:
*Esta noche le mataron al Caballero,
La gala de Medina, la flor de Castilla.»*

Tal es la tradición del Caballero de Olmedo, según se refiere en Medina del Campo y en algunos otros pueblos de Castilla, y por ella habrán visto nuestros lectores demostrado el carácter enérgico de la mujer de la Provincia de Valladolid.

IV

En pocas Provincias de España están tan desarrollados los instintos benéficos y religiosos como en la Provincia de Valladolid, ni ninguna ha dado más celebridades religiosas que ésta, como habrán visto nuestros lectores por las mujeres célebres por su santidad y saber que ántes hemos citado.

Valladolid ha contado gran número de conventos de frailes y monjas, entre los cuales se cuentan como los principales el convento de frailes de San Pablo, fundado en 1276 por la Reina Doña Violante y D. Alfonso el Sabio; el de San Gregorio, en 1488; el de San Francisco, en 1210; el de San Benito, en 1390; el de Agustinos calzados, en 1398; el de San Gabriel, colegio de religiosos Agustinos, en 1530, fun-

dado por Doña Maria de Olmedilla; el de Mercenarios descalzos, en el mismo año, por la Reina Doña Leonor; el monasterio de Jerónimos del Prado, en 1440, donde reposan las cenizas de los Infantes de Granada, hermanos del Rey Chico, y cuya arquitectura recuerda el magnífico monasterio del Escorial, siendo hechos los planos por el célebre Herrera. Á más de estos monasterios que hemos citado, existían dos de Trinitarios; el de San Ignacio, de la Compañía de Jesus; dos de Carmelitas; dos de Agustinos; dos de Mercenarios; uno de Minimos; el monasterio de San Basilio, y el de Premostratenses; el de Capuchinos; el de San Juan de Dios, y el monasterio de Filipinos de la Orden de San Agustin, noviciado de los jóvenes misioneros de nuestras posesiones asiáticas, fundado en 1743 por el Rey Felipe V.

El número de conventos de monjas no es menor. Cuéntanse entre los principales el de Santa Clara, fundado en 1247; el de las Bernardas de San Quirce, llamado vulgarmente de Santa Maria de las Dueñas, fundado por Doña Teresa Gil, Infanta de Portugal; el de Dominicás de *Porta-Cœli*, fundado por la Marquesa de Siete Iglesias, Condesa de la Oliva, esposa de D. Rodrigo Calderon, en cuya sala capitular se encuentra, en una hornacina, el fèretro del célebre Ministro D. Rodrigo Calderon, residenciado y ajusticiado en la Plaza Mayor de Madrid, y cuya cabeza, separada del tronco, enseñan las monjas para ejemplo de las edades futuras; el de Brigidas del Salvador, fundado por Doña Ana de Escobar; el de monjas de la Laura, fundado por la Duquesa de Alba; el de Recoletas de Santa Ana; el de Franciscanas de Santa Isabel, fundado en 1472 para beaterio por Doña Juana Herмосilla; el de Dominicás de Santa Catalina, por Doña Maria Manrique; las Comendadoras de Santiago; las Penitenciales de San Felipe; las Franciscanas de *Sancti-Spiritu*; las Descalzas Reales, fundadas por la Reina Doña Margarita, esposa de Felipe III, en 1550; las Dominicás del *Corpus-Christi*, por Doña Ana Bonisi; las Agustinas Recoletas, por Doña Lorenza Salcedo; las Carmelitas de Santa Teresa, por la misma Santa, en 1578; las Bernardas de Belen, y las Huelgas, fundadas en 1282 por Doña Maria de Molina.

Muchos de estos edificios han desaparecido á impulso de la piqueta revolucionaria, empero han dejado en pié el recuerdo de sus fundadores y la piedad y religiosidad de los habitantes de Valladolid.

Su instinto caritativo lo demuestran el Colegio de Niñas huérfanas, el Colegio Mayor de Santa Cruz, el Hospital de la Resurreccion, el Militar, el de Esgueva, la Casa de Misericordia y Niños expósitos, el Asilo de Mendicidad, el Colegio de Niños del Amor de Dios, fundado en 1596 para recoger los niños pobres abandonados y perdidos.

Como hemos visto, la mayor parte de estos edificios deben su origen á la religiosidad, caridad y carácter benéfico de la mujer de Valladolid.

Trabajadora, dulce y afable en su trato, se dedica á los trabajos del campo y de las fábricas que continuamente se fundan en sus fértiles comarcas, y que de pocos años á esta parte han tomado un desarrollo considerable; tales como las de curtidos

de pieles para guantes, sombreros é hilados, que ocupan gran número de mujeres en sus inmensos talleres, y la fabricacion de guantes, de donde se surten la mayor parte de las Provincias de España por la bondad de su género y su baratura.

La mujer de Valladolid no es afecta al lujo, pues viste con sencillez. Una falda ó zagalejo amarillo, con una franja de vivos colores, un delantal de cuadros, una camiseta de blanco y grueso hilo, cubierta con un pañuelo de abigarrados colores, forman su traje peculiar y característico, y cubre su cabeza con un pañuelo de seda de vivos matices, ocultando á medias su trenzada y abundante cabellera y el moño de martillo en esterilla.

Á pesar de sus ocupaciones agricolas, no descuida la instruccion de sus hijos, y es rara la aldea donde no hay escuelas de ambos sexos. Sobrias en sus costumbres, se dedican al cuidado de sus casas, ayudan á sus maridos en sus faenas agricolas, y tienen por lema la fidelidad del hogar.

Valladolid, de pocos años á esta parte, ha tomado un gran incremento, embelleciéndose la ciudad con numerosos y hermosos edificios, aumentando sus tráficos y sus comunicaciones por la via férrea que cruza su Provincia; pudiendo decirse que es una de las principales capitales de España, y que no desmiente el antiguo refran de: *Villa por villa, Valladolid en Castilla.*

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA Y MALDONADO,

CONDE DE FABRAQUER.

